

el hombre de sana conciencia, seria grave culpa si la omision era advertida; en el escrupuloso no se reputa tal, por la mucha perturbacion de su mente que disminuye en él considerablemente el voluntario, libre, es decir, el acto libre de la voluntad que se requiere para pecado mortal, á no ser que proceda por capricho sobre suficiente advertencia.

Otros hay que creen no tener dolor verdadero si no experimentan cierta sensacion ó conmocion de sus afectos, y se afligen juzgando que no están contritos, ni aun atritos. A estos respondemos que es muy apreciable esa afeccion sensible cuando es efecto del verdadero dolor; pero que aun siéndolo, no toca á su esencia; pues él es un acto serio del entendimiento y de la voluntad, concebido por motivo sobrenatural, y se forma aprendiendo el entendimiento, la gravedad de la ofensa hecha á Dios, y detestándola la voluntad. A esto deben atender los escrupulosos y no escrupulosos, sin cuidarse de aquella sensacion que muchas veces es falsa, como lo acreditan las continuas recaidas en la culpa. Y es tanto mas necesario prescindir de ella, cuanto el esfuerzo verdaderamente fisico, que hacen para lograrla, sirve de estorbo ó impedimento al verdadero dolor; ya porque á ello se convierte toda la atencion, y ya porque la congoja y afliccion del espíritu enervan las fuerzas del alma, y con la turbacion le quitan aquella disposicion en que debe estar para dejarse mover de la gracia preveniente, con cuya mocion forma los actos del dolor, detestacion de la culpa y propósito de la enmienda, los que son disposicion necesaria para recibir la forma de la gracia santificante. Acuérdense los escrupulosos y los de espíritu agitado, que está escrito en el libro III de los Reyes, que no se halla Dios en la conmocion, en la agitacion del espíritu, sino segun comentan los intérpretes, en la tranquilidad del alma, porque como dice Tertuliano, "el espíritu del Señor es un espíritu mansísimo y suavísimo que no se encuentra en el torbellino, es decir, en la turbacion del ánimo, pues es simple, abierto y de tierna y blanda serenidad." Y recuerden tambien que está escrito de la Sabiduría divina *que todas las cosas las dispone suavemenet.*

Cerraremos esta materia con tres advertencias, en que no nos estendemos por no hacer demasiado larga esta leccion. La primera es, que los escrupulosos no deben repetir sus confesiones, ni hacerlas generales, por el gran trastorno que padecen en ello, á meno que les conste con toda certeza que sus pecados no han sido debi-

damente confesados, y que son verdadera y ciertamente graves. Es la segunda, que los escrupulosos que no lo son en todas materias sino en algunas, no deben usar de los privilegios y exenciones que hemos dicho, mas que en las materias en que padecen escrúpulo. La tercera es, que no se han de confundir los escrúpulos con la exactitud y eficacia en el servicio de Dios. Esta es muy laudable y muy propia de las personas verdaderamente virtuosas, que procuran agradar á Dios con el fiel desempeño de las cosas, aun las mas pequeñas; pero dista mucho del escrúpulo; porque éste es fundado y aquella no: éste atormenta á la conciencia, y aquella la consuela: éste trae confusion y desórden, y aquella serenidad y paz: éste engendra la duda y desconfianza, y aquella la certidumbre y seguridad: éste atrasa en la virtud, y aquella la perfecciona. No hay, pues, que confundirlos, ni llamar con el degradante nombre de escrupulosos á los que merecen el renombre glorioso de timoratos.



DIA VEINTE Y DOS.

Santa Cecilia, vírgen y mártir.

Desde los primeros siglos de la Iglesia es venerado el nombre de Santa Cecilia, tanto en los sacramentarios y calendarios de aquellos tiempos, como en el canon que la Iglesia reza en la misa, en donde se hace mencion de ella con su esposo Valeriano, Tiburcio y Máximo, que recibieron la corona del martirio. Cecilia era romana de nacimiento, de familia ilustre y criada en la religion de Jesucristo, no obstante que sus padres parece que no eran cristianos. Desde su tierna edad ofreció á Dios su virginidad por el voto de castidad que hizo; y sin embargo de esto, su padre la obligó á que se casase con Valeriano, que era de religion pagana. Muy afligida se vió esta casta vírgen con el compromiso en que la ponía la obediencia del padre y la promesa que tenia hecha á Dios; pero siempre esperó de su misericordia que la libraria de aquel riesgo. Así fué, porque convertido Valeriano á la religion católica ántes del matrimonio, permitió que guardara Cecilia el voto de castidad, prometiéndola viviria en perpetua virginidad. Tambien Cecilia persuadió á Tiburcio, hermano de Valeriano, á que abrazase la fé católica, y los dos la precedieron en el martirio.

El gobernador Almaquio llamó á Cecilia á su presencia, y unas veces con ruegos, súplicas y promesas, y otras con amenazas, trató de persuadirla á que abjurara su religion y ofreciera sacrificios á los dioses; pero aquella valerosa vírgen, despreciando las ofertas y no temiendo á las amenazas, hizo la gloriosa confesion de su fé, y fué puesta por órden del tirano en un baño de agua hirviendo, para que el calor y los vapores la sofocaran y la consumieran. En este martirio nada tuvo que sufrir, porque la mano del Dios omnipotente la libró de aquellos tormentos, dejando burlado por esta vez al tirano. Viendo éste la heróica constancia de Cecilia, mandó á un verdugo que la traspasara con una espada, recibiendo de esta manera la corona del martirio. Algunos autores creen que el martirio de estos Santos se verificó el año de 130, en tiempo del emperador Alejandro Severo; porque aunque este no perseguia al cristianismo, sin embargo, se vió que en su tiempo hubo muchos mártires. Otros aseguran que fué en el reinado de Marco Aurelio, entre los años 176 y 181; pero parece mas probable que se verificara en el de 132 el dia 22 de Noviembre.

Las reliquias de estos ilustres mártires se depositaron en el cementerio de Calixto, y el lugar particular que ocupaban en él, tuvo el nombre de cementerio de Cecilia. En el siglo V ya existia una hermosa iglesia dedicada á Santa Cecilia, y se hace mencion de ella por haberse celebrado allí el concilio que presidió el papa Simmaco en el año 500. Esta misma iglesia, con el trascurso del tiempo se deterioró, y el pontífice Pascual I la reedificó; pero sintiendo mucho no poder encontrar los huesos de Santa Cecilia, porque creía que los habian sacado los lombardos, tuvo revelacion de que los hallaria si los buscaba. En efecto, mandó cavar el cementerio donde se habian sepultado, y se encontraron las reliquias cubiertas con un pedazo de tisú de oro, teniendo á los piés un lienzo empapado en sangre. Se trasladaron estos preciosos restos á la iglesia, en union de los de Valeriano, Tiburcio y Máximo, que tambien se encontraron con otros cadáveres de papas y mártires, que estaban en la via Appia. Esta traslacion se hizo en el año 821, y el mismo pontífice Pascual fundó un monasterio en honor de estos ilustres mártires, y está situado cerca de la iglesia de Santa Cecilia. Tambien el mismo papa adornó magníficamente este templo, y lo enriqueció con preciosos vasos y otras cosas de mucho valor y de gusto exquisito. La iglesia de Santa Cecilia sirve de título á un presbítero

cardenal y en el año 1599 fué reedificada y adornada suntuosamente por el cardenal Paulo Emilio Sfondrati, sobrino de Gregorio XIV, que fué el que enriqueció la hermosa bóveda donde se trasladaron las reliquias de Santa Cecilia y sus compañeros, por disposicion de Clemente VIII.

La Epístola es del capítulo LI del libro de la Sabiduría [Eclesiástico].

Señor Dios mio, tú ensalzaste mi casa sobre la tierra, y yo te supliqué que me librases de la muerte que todo lo disuelve. Invoque al Señor, Padre de mi Señor, que no me desamparase en el tiempo de mi tribulacion, y miéntras dominaren los soberbios. Alabaré sin cesar tu nombre, y te celebraré con acciones de gracias; pues fué oida mi oracion, y me librate de la perdicion, y me sacaste á salvo en el tiempo calamitoso. Por tanto, Señor Dios nuestro, te glorificaré y te cantaré alabanzas.

El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 159).

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Será semejante el reino de los cielos á diez vírgenes &c.

MEDITACION.

Sobre la libertad é independencia que se goza en el servicio de Dios.

Considera que el segundo efecto, verdaderamente benéfico y saludable que se sigue de la vida espiritual, es la libertad é independencia del alma de todo aquello que realmente la esclaviza. Parece una paradoja; pero es una realidad, que mientras mas ligada y sujeta está el alma bajo las severas leyes de la virtud, mas libre se encuentra y mas desembarazada, no solo para avanzar en los caminos de la santidad, sino aun para disfrutar los goces lícitos y ordenados que le proporcionan la naturaleza y la sociedad. Solo en la vida cristiana, solo en la vida espiritual y devota, es donde se encuentra el espíritu de Dios, y donde está este espíritu, está la libertad, dice San Pablo. Verdad es esta que se percibe sin trabajo, luego que se reflexiona que el espíritu de Dios es inseparable del órden que establece la virtud en las almas, y que este mismo órden es el que pone á la alma en libertad. ¿Quiénes son sus contrarios? ¿Cuáles son las cadenas con que la aprisionan y sumen en ominosa servidumbre? Las pasiones, los apetitos desenfrenados del hom-

bre son estos enemigos poderosos que esclavizan al alma, y que alzándose sobre ella como señores absolutos, la ligan fuertemente con la cadena de las culpas, de que cada eslabon es un pecado.

Considera que esta dura cadena es la que rompe la virtud cristiana, y estos enemigos los que combate y reduce á servidumbre para poner en libertad al alma y restablecerla en la plenitud del dominio que Dios le ha dado y quiere que posea sobre sus pasiones, sus apetitos, el uso de sus sentidos, el gobierno de su lengua, la direccion de sus pasos, el órden de sus acciones, y todo lo que forma el interior del hombre, y dispone su conducta sobre la tierra. Mientras el alma, perdido este dominio, es el juguete de sus pasiones, su vida no es mas que un tejido de yerros y pecados, con que aumenta y remacha los hierros de su esclavitud; pero luego que oyendo la voz de Dios da entrada en su corazon á los sentimientos de penitencia y se abraza con la virtud, caen aquellos hierros, pierden el dominio los tiranos que la oprimian, se realiza su independencia, se establece su libertad. ¿Y á qué se debe todo esto? A las reglas benéficas de una penitencia saludable, de una humildad de corazon, de una devocion sólida, de un desprendimiento generoso, de una abnegacion propia, sábia é inteligente, que conociendo sus verdaderos intereses, sabe desprenderse de una libertad falsa con que pecaba y se corrompia en las criaturas para adquirir una libertad verdadera con que camina segura y sin estorbos, en las sendas de la virtud. ¿Y quién le dió esa inteligencia? ¿Quién le comunicó esa sabiduría escondida á los sabios de la tierra, y conocida solo de las almas humildes y dóciles á la voz de Dios? Este mismo Dios, que es suma é infinita inteligencia, la alumbró con un rayo de su luz en el ejercicio santo de la oracion, le habló por boca de sus predicadores, la enseñó en la lectura del sagrado Evangelio, y al mismo tiempo que la iluminaba, movia su corazon con todos los demas ejercicios de una vida virtuosa, espiritual y devota. ¿Y despues de esto, dudaremos que á esta excelente vida se debe la libertad de que gozan las almas de los justos?

PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ah, dadme á mí, Señor, estas lecciones de verdadera y sublime ciencia, de celestial sabiduría! alumbrenme ellas para que conozca que no puedo ser feliz sin ser libre, y que no puedo adquirir mi libertad sin levantarme contra mis tiranos, quitarles el dominio que

néciamente he dejado que adquieran sobre mí, y ponerlos bajo mis piés; para que mi alma, sacudido su yugo, goce de la libertad de hija tuya, viva bajo las reglas sábias y justas de tu santa ley, y mediante esta obediencia se dé en mí el órden que produce la libertad y la paz, haciendo que venga á mí tu reino, aquel suave gobierno con que riges á tus almas, y las conduces á su felicidad.

JACULATORIA.

Venga á nosotros tu reino, ó Señor: hágase en nosotros tu voluntad santísima; para que tengamos tu espíritu y con él gocemos de verdadera libertad.

LECCION.

Sobre el sacramento de la Eucaristía.

Por la palabra Eucaristía se entiende el sacramento y el sacrificio del cuerpo y sangre de Jesucristo, que se recibe y se ofrece bajo las especies de pan y vino. Ella significa accion de gracias; porque ofreciendo y recibiendo el cuerpo y sangre de Cristo, se tributa á Dios la mas agradable accion de gracias por todos los beneficios recibidos, á ejemplo de las que dió él mismo á su Eterno Padre en la institucion de este sacramento, al que se dan otros muchos nombres, porque su admirable dignidad y excelencias no pueden explicarse con una sola voz. Se llama *el Santísimo Sacramento* por antonomasia ó por excelencia; porque es el mayor y mas sagrado de todos, como que contiene y encierra bajo señales sensibles á Jesucristo, autor y fuente de todas las gracias y de toda santidad.... Se denomina *Sacramento del altar*, porque sobre él se ofrece, se consagra y se recibe: *Tenemos un altar*, dice el Apóstol, *del cual no pueden participar los ministros de la ley judaica*. Se dice *la Mesa sagrada*, porque en ella está preparado el banquete espiritual, al que convida á todos los fieles Jesucristo para alimentarlos de su propio cuerpo y sangre. Se le nombra *la Santa Cena*, porque en este sacramento se hace memoria y se celebra la última cena de Cristo, al fin de la cual verificó esta institucion admirable. *Sagrada Hóstia*, porque contiene á Jesucristo, que es la hóstia, ó lo que es lo mismo, la víctima que se ofrece y se sacrifica por nosotros á su Eterno Padre. *El pan de los hijos*, porque los fieles, que son los hijos de Dios, se alimentan en la Eucaristía de la pro-

pia sustancia del cuerpo y sangre de Jesucristo, y porque este pan no se ha de dar á los perros, sino solo á los hijos de Dios que conservan la adopcion de tales por su inocencia, por su gracia y justificacion. *El pan de los ángeles*, porque contiene á Jesucristo que es el verdadero pan de los ángeles, quienes por decirlo así, se nutren con su vista, y porque es un *pan vivo que descendió del cielo*, así como el maná, figura de este sacramento, se llamaba pan de ángeles porque caía del cielo á los israelitas. *La Comunión*, porque por la Eucaristía comunica y participa el hombre del cuerpo y sangre de Jesucristo, uniéndose de este modo íntimamente los fieles entre sí, y con su cabeza Cristo. *Viático*, porque fortifica con la virtud de este alimento á los fieles, en el viage y peregrinacion de esta vida, hasta llegar al monte del Señor, esto es, á la patria celestial.

El autor de este divino Sacramento fué Cristo vida nuestra, quien lo instituyó la víspera de su pasion, por no estar en tiempo alguno ausente de los suyos, sino permanecer siempre con ellos, dando una prueba admirable de aquel infinito amor con que hasta el fin de su vida mortal amó á todos los fieles. Véamos los mismos términos en que escriben la historia de esta institucion, los evangelistas y el Apóstol. *Jesus, despues de haber cenado con sus apóstoles, se levantó de la mesa para lavarles los piés; volvió despues á la misma, y como comiesen, tomó el pan, dió gracias, á Dios, bendíjole, lo partió y lo distribuyó á sus discipulos, diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros. Haced esto en memoria mia. Asimismo despues de cenar tomó el cáliz, y habiendo dado gracias le bendijo, y se los dió, diciendo: Bebed todos de él, porque esta es mi sangre, de la nueva alianza, que es derramada por vosotros y por muchos en remision de sus pecados: Haced esto en memoria mia.*

El pan de que usó Jesucristo para instituir este Augusto Sacramento, fué el pan ázimo, esto es, sin levadura; porque le instituyó despues de la cena del cordero pascual, y naturalmente usó del pan que estaba sobre la mesa, el que no puede dudarse que era ázimo, porque en la ley de Moises se ordenaba que ninguno en esta cena ni en los siete dias siguientes comiese pan fermentado, ni aun le reservase en su casa, so pena de muerte. Su divina Magestad no determinó sin embargo expresamente, que los apóstoles y sus sucesores usasen solo del pan ázimo en la celebracion de la Eu-

caristia; así es que mientras en la Iglesia latina solo se usa de él, en la griega se consagra con el pan fermentado, debiéndose observar cada uno en su respectiva Iglesia, puesto que por la tradicion consta que fué libre á los apóstoles usar indiferentemente de uno ú otro. Que el cáliz de que usó el Señor en la institucion de la Eucaristía contuviese vino, lo sabemos ciertamente y lo tenemos en uso perpetuo y nunca interrumpido de la Iglesia. Jesucristo dijo estas palabras: *Yo no beberé mas de este fruto de la vid, hasta que le beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre*: lo cual parece demostrar que se habia servido de vino para bendecirlo, y que por consiguiente se hace mencion del vino eucarístico en las Escrituras Santas.

Los apóstoles se admiraron de la grandeza del misterio, cuando Cristo les daba á comer su carne y á beber su sangre: mas no debian esperar otra cosa, porque para ello los habia ya preparado su divino Maestro por las promesas que les habia hecho cuando les dijo: *El pan que os daré es mi carne, que ha de ser entregada por la vida del mundo*. Al oír estas palabras se escandalizaron los judíos, preguntándose unos á otros: *¿Cómo nos puede dar su carne á comer?* Pero Jesucristo confirmó lo que acababa de decir, por estas palabras aun mas espresivas: *En verdad, en verdad os digo, que si no comeis la carne del Hijo del hombre, y no bebeis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último dia; porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. . . . Este es el pan bajado del cielo. Vuestros padres comieron el maná, y murieron; pero el que come este pan vivirá eternamente*. Entonces muchos de los discipulos murmuraron y se escandalizaron. *Esto que dice es duro*, dijeron ellos; *¿y quién podrá oirlo?* Jesucristo les respondió: *Esto os escandaliza, ¿pues qué será cuando veais al Hijo del hombre subirse al cielo de donde bajó?* Cuya respuesta esplican los mas sabios comentadores de tres modos: Que la Ascension de Jesucristo al cielo, de la cual habian de ser testigos sus discipulos, seria para ellos una prueba nada sospechosa de la verdad de lo que habia dicho y de la realidad de sus promesas: ó que cuando los discipulos viesan subir al cielo á su Maestro, entonces con-

cebirian que no era á trozos como les habia de dar á comer su carne, como ellos imaginaban por el mal sentido en que entendian las palabras que acababan de escuchar: ó por último, que si la simple promesa de darles á comer les escandalizaba, se escandalizarian mucho mas cuando viesen que no obstante su Ascension al cielo, no dejaria de dar á comer su propio cuerpo á los fieles hasta el fin de los siglos. Jesucristo añadió: *El espíritu vivifica, la carne no aprovecha para nada.* Las palabras que yo os digo son espíritu y vida, que es decir, que sola la carne de Jesucristo, separada de su espíritu y de su divinidad no vivifica, y que no se debia dar el sentido carnal y grosero que atribuian á las palabras que habia dicho, sino entenderlas de un modo mas espiritual. Los judíos se imaginaban que Jesucristo prometia darles á comer su carne á trozos, y á beber su sangre materialmente y sin ningun velo, y este sentido basto y carnal y que horroriza, es el que desecha el divino Maestro, haciendo que comprendieran, que aunque habia de dar verdaderamente á comer su carne, no obstante el modo con que esto habia de verificarse, no podria percibirse sino por el entendimiento: los apóstoles no lo comprendieron hasta que vieron el cumplimiento de la promesa cuando instituyó la Eucaristía, diciendo únicamente que sabian que Jesucristo tenia palabras de vida eterna, y así creyeron lo que les decia sin comprenderlo; mas muchos de los discípulos se escandalizaron de ver á Jesucristo asegurar con tanta eficacia la promesa de dar realmente á comer su cuerpo y á beber su sangre, y se separaron de él.

En el dia hacen los católicos lo que hicieron entónces los Apóstoles; creen las palabras de Jesucristo, aunque no las comprendan: creen que la carne de Cristo es verdaderamente comida, y su sangre verdaderamente bebida, porque lo dijo Jesucristo, á pesar de que no comprendan cómo puede hacerse esto; pero saben que Cristo tiene palabras de vida eterna, y por consiguiente, que no puede engañarlos, y esto les basta. Los pretendidos reformados por el contrario, imitan á los que se separaron de Jesucristo: se escandalizan como ellos por sola la idea de comer el cuerpo y de beber la sangre de Cristo. Decir, pues, que es comido verdadera y corporalmente, es una palabra muy dura que no se puede tolerar por ellos; y quieren mas bien los calvinistas separarse de la compañía de Jesucristo y de los fieles, que creer lo que no pueden comprender, como si todos los demas misterios de nuestra fé no fuesen igualmente incompre-

sibles. No comprendemos ninguno de los misterios. La Trinidad, por ejemplo, la Encarnacion, la Resurreccion son misterios tan incomprendibles á los protestantes, que los creen como la presencia corporal de Jesucristo en la Eucaristía que no quieren creer; pero nosotros los creemos todos igualmente sobre la palabra de Dios que los ha revelado, y no hay cosa mas conforme á la razon que sujetarse á la autoridad de Dios en las cosas que no se comprenden.

Los padres de la Iglesia se sirvieron de los ejemplos de la trasformacion en estatua de sal de la muger de Lot, de la vara de Aaron en serpiente, y del agua en vino en las bodas de Caná, para probar á los recién bautizados, que el pan y el vino estaban convertidos en cuerpo y sangre de Jesucristo; porque el que hizo aquellas trasformaciones puede hacer ésta del mismo modo, y no puede dudarse que la hizo, porque así lo dijo; pero despues de las declaraciones expresas y terminadas del santo concilio de Trento, nada tienen que alegar en su favor los incrédulos. Este concilio general se expresa en estos términos: "No hay repugnancia en que el mismo Jesucristo, Salvador nuestro, esté siempre sentado en el cielo á la diestra del Padre Eterno, segun el modo natural de existir, y que al mismo tiempo nos asista sacramentalmente con su presencia y en su propia sustancia en otros muchos lugares, con tal modo de existencia, que aunque apenas lo podamos declarar con palabras, podemos, sin embargo, alcanzar con nuestro pensamiento ilustrado por la fé, que es posible á Dios, y debemos fortísimamente creerlo. Así, pues, han profesado clarísimamente todos nuestros antepasados, cuantos han vivido en la verdadera Iglesia de Cristo, y han tratado de este santísimo y admirable sacramento, que nuestro divino Redentor lo instituyó en la última cena, cuando despues de haber bendecido el pan y el vino testificó á sus Apóstoles con claras y enérgicas palabras que les daba su propio cuerpo y su propia sangre. Y siendo constante que dichas palabras mencionadas por los santos Evangelistas y repetidas por el Apóstol San Pablo, incluyen en sí misma aquella muy propia y muy patente significacion que les han dado los santos Padres, es sin duda execrable maldad que ciertos hombres disputadores y corrompidos las tuerzan, violenten y expliquen en sentido figurado, ficticio é imaginario; por el que niegan la realidad en la Sagrada Eucaristía de la carne y sangre de Jesucristo contra la inteligencia

unánime de la Iglesia, que siendo columna y apoyo de verdad, ha detestado siempre como diabólicas estas ficciones escogitadas por hombres impíos, y conservado indeleble la memoria y gratitud de este tan interesante beneficio que Dios nos hizo." Por último, fulmina anatema contra el que negare "que en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se contiene verdadero, real y sustancialmente el cuerpo y sangre, juntamente con el alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y por consecuencia todo Cristo."

—•••••
DIA VEINTE Y TRES.

San Clemente, papa, mártir.

San Clemente era romano de nacimiento, y fué hijo de Faustino y de Mattidia: el primero era senador de Roma, y tenía un hermoso palacio donde habitaba, en el monte Celio. El mismo San Clemente nos dice que era de la religion judaica, porque descendia de la estirpe de Jacob; pero muy poco tiempo estuvo en esta falsa creencia, porque San Pedro, ó San Pablo, como otros creen, lo instruyó y lo convirtió á la religion católica. Despues nuestro Santo acompañó á estos Apóstoles en toda su predicacion, y trabajaba lo mismo que ellos en propagar la nueva religion, no obstante los graves inconvenientes que tuvieron que vencer y los riesgos á que se espusieron. Por esto San Gerónimo y otros padres de la Iglesia lo llaman hombre apostólico, y San Clemente de Alejandria le dá el nombre de Apóstol. Nuestro Santo se halló con San Pedro en Cesarea, y tambien acompañó á San Pablo á Filippos en el año 62, siendo participante de todas las tribulaciones que aquel grande Apóstol tuvo que sufrir entre los filipenses, para plantear allí el estandarte de la santa religion cristiana. Continuó Clemente en la compañía de San Pablo hasta llegar á Roma, y allí oyó predicar á San Pedro y perfeccionó sus conocimientos y la santificacion de su vida, en la escuela de este príncipe de los Apóstoles. Dice Tertuliano que San Pedro lo hizo obispo, y por eso algunos creen que lo facultó para que predicara el Evangelio en varios lugares; y otros, como San Epifanio, se avanzan á decir que San Pedro lo nombró su vicario en Roma, para que gobernara la Iglesia cuando el Apóstol salia de aquella ciudad á sus predicaciones.

Despues del martirio de San Pedro entró en el pontificado San



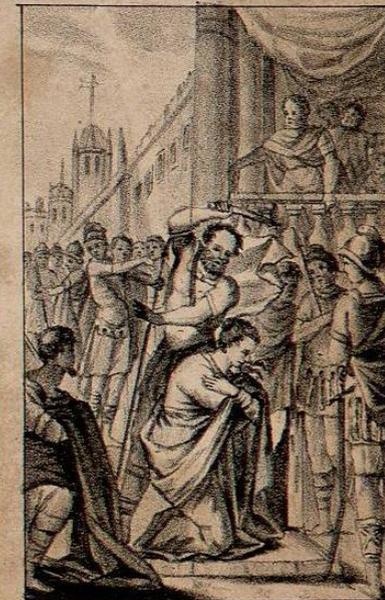
Stz Cecilia Virgen y Mártir.



S. Clemente Papa.



S. Juan de la Cruz



Stn Catarina Virgen y Mártir.